



Ensayo Acantilado publica el célebre estudio-libelo que, en 1991, sacudió el mundo intelectual francés de una manera escandalosa

La cultura es un engaño



Marc Fumaroli
El Estado cultural
(ensayo sobre una religión moderna)

Traducción de Eduardo Gil Bera

EL ACANTILADO
461 PÁGINAS
25 EUROS

JORDI GALVES

Un engaño, una farsa, una palabra-percha donde colgar lo que sea, una palabra-pantalla que impide ver la realidad, emblema falso y vacío de la manipulación política, del dirigismo y del clientelismo conjurados contra el auténtico conocimiento. La *cultura* es, para el eminente profesor y académico Marc Fumaroli (Marsella, 1932), una palabra maldita que representa una de las grandes estafas del mundo contemporáneo, un cultismo periodístico tan nuevo como indecible, una lamentable moda francesa que, enarbolando el estandarte de los ideales más nobles y altruistas, no es sino una de las formas más ruines de la propaganda, del terrorismo del poder político, la perfecta coartada para destruir y suprimir, precisamente, lo que dice proteger y fomentar. Por fin se ha publicado en nuestro país -con valiosas adendas periodísticas, en una soberbia traducción de Gil Bera- el célebre estudio-libelo que, en 1991, sacudió el mundo intelectual francés de una manera escandalosa ya que no sólo no procedía del comunismo ni de la izquierda revolucionaria sino que se enfrentaba abierta y du-

ramente con él. Desafiando precisamente a los *profesionales* de la cultura, todos ideológicamente encarnados. Fumaroli, sabio escritor católico e indiscutido historiador de la literatura y la retórica en el Collège y la Sorbona, se erige en severo partidario de la sospecha como método intelectual para investigar qué cosa pudiera ser la cultura. Su punto de vista parece insólito; sus conclusiones, duras, incluso hirientes, se suceden con la inexorabilidad de la lógica más pulcra y coherente, en un ejercicio soberbio, ad-

Para Fumaroli, la socialización y la popularización casan mal con el modo de transmisión del conocimiento clásico

mirable por su capacidad de estudio profundo y de análisis desacomplejado a propósito de "un festival perpetuo y de encargo, donde publicidad y propaganda, diversión de baja estofa e información amputada, se embrollan inextricablemente. Hace falta mucha finura para desenredar la madeja".

Sobre todo porque la cultura no es, a la postre, sino una cuestión sensible, po-

lítica, de la más alta política en Francia, del mismísimo Estado. Fumaroli demuestra convincentemente, aportando mucha documentación, cómo lo que se creía fruto de la filantropía y del idealismo del escritor y aventurero André Malraux -para quien el general De Gaulle creó en 1959 el primer ministerio de Cultura de la historia- no fue sino la actualización política del totalitario *Kulturkampf* de Otto von Bismarck, una manera afrancesada e izquierdista de intervencionismo del Estado en lo indivi-

dual, marcando los gustos particulares, orientando siempre a favor del poder.

Nietzsche ya desconfiaba del Canciller de Hierro al exclamar en 1871 "¡Fenómeno nuevo! El Estado como estrella para guiar la cultura". No era para menos ya que se trata de la legitimación social de la arbitrariedad del poder, copiada después por Marx y Lenin en su diseño dictatorial de signo contrario. Al au-

mentar las competencias del Estado incluso en algo tan personal como el gusto por los libros, las bellas artes, la historia o la música, se estaba cerrando un círculo, el que ejerce una tutela férrea y universal sobre todos los ámbitos de la nación. El dinero del contribuyente sería utilizado en hacer prevalecer juicios de gusto por encima de las preferencias privadas. Socializando la cultura se colectivizaba el espíritu como se planificaba la economía. Por si quedara alguna duda, las pruebas históricas aportadas sobre el totalitarismo cultural de la Francia de Vichy y del II Imperio de Napoleón III resultan concluyentes.

Aprendizaje

La *cultura* no puede sustituir al aprendizaje, a la universidad, afirma Fumaroli. La socialización y la popularización casan mal con el modo de transmisión del conocimiento *clásico*, que es el único que puede acrecentar a sus seguidores. Ese sistema clásico se basa en unos maestros que enseñan a conocer, a admirar, a comprender, a imitar y a disfrutar, y no se contentan con invitar a que algo guste o no. El gusto es fruto del trabajo, el gusto se educa y lo realmente valioso se aprende con esfuerzo y no depende de la mirada espontánea ante el televisor. Eso es cierto. Y también lo es que algunos lectores desconfían que la respuesta deba ser una restauración del mundo barroco como sugiere Fumaroli a la postre. No funcionaría. No sólo porque lo demuestran Foucault o Toulmin. Lo enseña el *Quijote* de Cervantes. |